

ANTOLOGÍA
DE CIENCIA
FICCIÓN
LATINO-
AMERICANA

EL TERCER
MUNDO
DESPUÉS
DEL SOL

Compilada por
RODRIGO
BASTIDAS
PÉREZ

minotauro

Índice

<i>Desmantelar patentes para crear universos propios</i>	
Prólogo de Rodrigo Bastidas Pérez (Colombia)	11
<i>La Conquista Mágica de América</i>	
Jorge Baradit (Chile)	21
<i>Éxodo X</i>	
Luis Carlos Barragán (Colombia)	31
<i>El Gran Experimento</i>	
Alberto Chimal (México)	41
<i>La sincronía del tacto</i>	
Gabriela Damián Miravete (México)	51
<i>Amor: una arqueología</i>	
Fábio Fernandes (Brasil)	71
<i>Slow Motion</i>	
Maielis González (Cuba)	83
<i>Les Pi'Yemnautas</i>	
Teresa P. Mira de Echeverría (Argentina)	97
<i>A través del avatar</i>	
Laura Ponce (Argentina)	113
<i>Other Voices</i>	
Giovanna Rivero (Bolivia)	129
<i>Constelación nostalgia</i>	
Juan Manuel Robles (Perú)	145
<i>Un hombre en mi cama</i>	
Solange Rodríguez Pappe (Ecuador)	185
<i>Fractura</i>	
Ramiro Sanchiz (Uruguay)	199
<i>Dos transmigraciones</i>	
Susana Sussmann (Venezuela)	219
<i>Khatakali</i>	
Elaine Vilar Madruga (Cuba)	227
Biografías	245
Glosario	251

DESMANTELAR PATENTES PARA CREAR UNIVERSOS PROPIOS

Prólogo de Rodrigo Bastidas Pérez (Colombia)

A finales de 1999, Querubín Queta, taita Cofán, se reunió con su comunidad y celebró con las siguientes palabras: «Los guacamayos vuelan, cantan y embellecen con sus colores a nuestra madre naturaleza». Junto con Carlos Jacanamijoy habían logrado algo increíble: a Loren Miller ya no le pertenecía la patente que tenía sobre el yagé desde 1985. Miller, un estadounidense que había viajado a las selvas del Putumayo, logró llevar a su país una planta de *Banisteriopsis caapi* que le había regalado la comunidad cofán, de la cual dijo, al llegar a Estados Unidos, él había descubierto. La PTO (*Patent and Trademark Office*) le otorgó la patente haciéndolo dueño de una variedad que en la Amazonía era conocida desde tiempos ancestrales. El afán de comercializar el yagé como medicamento farmacéutico, versus la ceremonia colectiva de su toma por parte de los pueblos originarios, presenta dos formas de entender el mundo, dos estructuras mentales que marcan cómo se conciben dos tipos de ciencia: la que entrega títulos de propiedad sobre la naturaleza y la que se centra en una conexión de experiencia.

Sin contar el amplio debate académico que plantea este ejemplo (comparar las nociones de ciencia, saber, conocimiento), vale la pena preguntarse entonces: ¿cómo se construye la ciencia ficción en un lugar donde los conceptos hegemónicos de ciencia no coinciden con los que se han construido en nuestras culturas? O más directamente: ¿qué es y cómo se concibe la ciencia ficción latinoamericana? La respuesta es extensa y (advierto desde ya) no es definitiva, pero hacer un repaso

de cómo se han comprendido estos cambios permite abrir nuestro espectro a lecturas, autores y textos que conforman un corpus extenso, variado y sumamente interesante.

La ciencia ficción latinoamericana históricamente ha sido definida desde la negación. Quizá es más problemática esa carga negativa que la idea de no saber de la existencia de este género en el continente. Quien dice no tener idea de que se escribe ciencia ficción en el continente está abierto a conocerla, a saber un poco más, está dispuesto a abrir la puerta de un espacio que seguramente descubrirá inabarcable por la inmensa producción que se ha realizado desde inicios de siglo XX. Por otro lado, quien parte de la negación está cargado con una serie de preconcepciones que constituyen el género como un espacio secundario, subrogado o menor. Las principales negaciones que se implantan sobre la ciencia ficción latinoamericana están dictadas por la forma en la que se ha entendido la anglosajona y europea; por ello se suele decir que en Latinoamérica NO se habla realmente de ciencia, que NO hay ciencia ficción sino fantástico, que NO hay una identidad consolidada como en otros lugares, y otras tesis del mismo perfil.

Lo sorprendente de estas afirmaciones es que muchas de ellas vienen de personas que han realizado antologías, historias, crítica y hasta escritos de ciencia ficción en el continente. Es decir, pareciera que la historia de este género está construida a partir de lo cóncavo o lo vacío, mientras que en otras latitudes siempre se ve convexa y llena. Sin embargo, si leemos detenidamente, es posible buscar una definición positiva de la ciencia ficción en Latinoamérica a partir de esas definiciones negativas, porque como acto de complementos conceptuales, pareciera que la ausencia habla también de la presencia y que de la negatividad es posible construir una visión positiva.

Partamos de una idea que se convirtió en el eje alrededor del cual se construyó, durante mucho tiempo, la noción de ciencia ficción en el continente. En *El sentido de la ciencia ficción* (1966), Pablo Capanna, uno de los grandes críticos argentinos del género, planteaba una especie de contraposición entre dos visiones de lo científico: una adscrita a las ciencias duras y otra más inclinada a las ciencias humanas; pero además de crear esta dicotomía, jerarquizó (con un sutil adjetivo) esos dos acercamientos: «se puede hacer *sf* sin tratar temas científicos, sino simples relaciones humanas». Las relaciones humanas no solo se categorizaban como algo simple sino principalmente como

no-científicas; así, la actitud científica estaba del lado de las ciencias exactas y no de las humanas. La posición de Capanna es la misma que guio la concepción de la ciencia ficción latinoamericana durante décadas: un énfasis en una actitud científica-dura que parece ajena o inaccesible para el caso latinoamericano.

Ya en 1982, en el prólogo de la antología *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*, editada por Bernard Goorden y A. E. van Vogt, aparece de nuevo esa contraposición a la que se suma una: la ciencia ficción norteamericana es la que se ve como más científica, escrita «por grandes cerebros», y la latinoamericana es más literaria (y menos científica) escrita «por grandes corazones». También, Elvio Gandolfo diría años después: «La ciencia ficción argentina no existe (...), nuestro país es una 'sucursal de lo fantástico'»; y Sergio Gaut vel Hartman: «[¿]por qué nos empeñamos en seguir llamando ciencia ficción a una literatura que —en el mejor de los casos— apenas roza la ciencia tangencialmente?». Todas estas afirmaciones se convirtieron en el centro de un debate sobre la ciencia ficción latinoamericana, en el cual se subrayó cómo el género en Latinoamérica se entendió como una vertiente dependiente del fantástico y pensada a partir de una subordinación a la ciencia ficción anglosajona.

Ya para 1993, la ciencia ficción latinoamericana comienza a establecerse como un campo literario con características específicas, con preguntas propias que no se definían solamente como una negatividad. Paradójicamente, es en una publicación estadounidense, la *Encyclopedia of Science Fiction*, donde Mauricio José Schwartz y Braulio Tavares proponen una definición que apunta a otro tipo de miradas. Si bien realizan algunos paralelos con la ciencia ficción foránea, los dos escritores señalan otros elementos descriptivos como: un deseo consciente de separarse de la tradición anglosajona, la aparición de relaciones con la tradición colonial e indígena, el hecho de ser consumidores de tecnología más que productores y, finalmente, la representación de una crítica social, política y económica. Este cambio es sumamente importante, porque establece la relación entre política, tecnología, consumo y mercado que marcará el género a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Estas características aparecen matizadas y desarrolladas en la crítica del siglo XXI, momento en el que surgen textos teóricos que buscan una particularidad más concreta para el caso latinoamericano. Las teorías y los enfoques varían en autores como Silvia Kurlat Ares, Andrew Brown, Fernando Reati, Rachel Haywood Ferreira, Elizabeth Ginway, Luis

Pestarini, Elton Honores, Giancarlo Stagnaro, Rodrigo Mendizábal, Joanna Page o Macarena Areco, que empiezan a construir teorías para delimitar (de manera más descriptiva que prescriptiva) qué es la ciencia ficción en Latinoamérica.

De todos estos textos podríamos extraer algunas características que, si bien no son absolutas, ni deben estar en todos los textos, sí ayudan a comprender mejor los intereses, temas y propuestas estéticas de este género. Según estas nuevas visiones, en la ciencia ficción latinoamericana aparecen elementos de hibridez cultural (ya no es una dependencia de lo anglosajón), una crítica política contrahegemónica (que se exalta desde las dictaduras militares en adelante), una ansiedad tecnológica (que subraya el papel de consumidores de tecnología) y, finalmente, señala cómo la ciencia ficción ofrece una alternativa a las narrativas nacionales que han sido elaboradas por el canon. Silvia Kurlat Ares, en su visión de la ciencia ficción en Latinoamérica, afirma de manera muy esclarecedora que: «[en la ciencia ficción latinoamericana es posible leer] la formación del imaginario social, político y utópico, con la construcción de subjetividades identitarias de todo tipo (desde el género hasta lo comunitario), o de la otredad como problema ontológico y político, así como una meditación en torno a las consecuencias sociales, biológicas, ambientales y éticas del desarrollo de la tecnología durante el avance del capitalismo tardío».

Desde esta perspectiva la ciencia es vista de manera más flexible: no como una estructura que permite diferenciar entre verdad y mentira, sino como un discurso que está marcando la forma de construir una visión de mundo. Es justamente esta visión de la ciencia y de la tecnología la que permite que los saberes de los pueblos originarios sean concebidos como discursos que entran en diálogo con las ciencias hegemónicas occidentales. En este punto las ciencias humanas, las ciencias políticas, las ciencias duras, las ciencias biológicas, los saberes de los pueblos originarios, la filosofía, se entrecruzan en un campo en el cual el discurso cientificista construye tramas y argumentos de los mundos extrapolados. Es justamente la ciencia ficción latinoamericana actual la que permite una visión amplia e inclusiva de la ciencia como lugar en el cual se construyen procesos de identidad-otros, que adoptan y adaptan las herramientas estructurales del género.

Sin embargo, si bien esto se puede vislumbrar de manera clara en los últimos años, no es una propuesta nueva. Ya en algunos artículos